

Lecciones espirituales de Diego de Estella

Cándido Ániz Iriarte

Presentación

En todas las historias de la literatura española hay siempre un lugar reservado a la literatura espiritual, como tesoro que forma parte de nuestro caudal heredado.

No hay colección o biblioteca que se anuncie en la prensa diaria, en las novedades editoriales o en los florilegios de memorias regionales que no incluya algún personaje famoso por su aportación al mundo de la religión y mística, al aprecio del mundo y a su abandono, al canto de sus gracias y al llanto por sus desgracias.

Hace unos días, revisando la "biblioteca básica navarra" con que el Diario de Navarra celebra su centenario (1903-2003), tuve el gusto de leer el volumen número 9 de la colección, que es un Florilegio de las obras espirituales de Fray Diego de Estella, franciscano conocido en aquellos lares (1524-1578) por sus predicaciones y dirección de almas.

De ese florilegio voy a tomar hoy cinco lecciones de vida.

Tal vez, a algunos les parezcan arcaicas, porque reflejan un tipo de espiritualidad o actitud humana que huye demasiado del "mundo" y sus complicaciones reales, pero es hermoso compartirlas mientras suenan tambores de guerras nacidas de egoísmos, o se escuchan llantos de familias rotas por el terrorismo, o se sufren maltratos en personas que son víctimas de pasiones desordenadas. Falta espíritu auténtico en nuestras relaciones humanas.

Si tú, lector amigo, añades a estas históricas lecciones "piadosas", quizá demasiado "monásticas", acaso tendentes a separar demasiado "vida en Dios" y "vida inserta en la cruda realidad", un lenguaje nuevo y un "compromiso de encarnación", tendremos el camino abierto hacia la formación de un Hombre Nuevo cuyo espíritu pacifique la Tierra de Jesús, los campos de Irak, la hambruna de muchos marginados...

Salva, pues, una espiritualidad eterna, y deja caer del árbol algunas hojas ya marchitas.

1. De la paz del corazón

*Dijo Jesús: "Mi paz os dejo, mi paz os doy.
No como el mundo os la da os la doy yo (Jn 14, 27)*

En tanto que al mundo sirvieres, siempre vivirás en contienda."El amor de las cosas terrenales es liga de las alas espirituales".

Los amadores del mundo viven en continuo tormento. "Rueda es el mundo, que siempre da vueltas, y volviendo mata a sus amadores."

Los mundanos nunca alcanzarán la paz del corazón. Ama a Dios, y tendrás vida. Niégate a ti mismo, y conseguirás la verdadera paz.

¿Quién alcanza la verdadera paz? "El que es humilde y manso de corazón. Limpia tu corazón de toda malicia, y tendrás la buena paz."

Apártate de las cosas que te distraen, porque no hallarás en ellas paz, si no vuelves a tu corazón, y busques a Dios y le amares sobre todas las cosas".

"No hay buena paz sino en Dios y en el hombre virtuoso que hace todas las cosas por Dios, a quien ama. Estate en silencio y sufre un poco por amor de Dios, y Él te libraré de toda carga e inquietud".

La buena conciencia da confianza para con Dios en la tribulación y en la muerte; en cambio la mala conciencia siempre anda con temor y tiene contienda.

El airado presto cae de un mal en otro. En cambio el sufrido y manso, de enemigo hace amigo, y halla a Dios propicio por la piedad que tiene con el que peca. El que desea tener paz debe morar en Sión, donde está la pacífica Jerusalén. Si tuvieses a Dios contigo, tendrás la paz que decía Simeón haber alcanzado cuando tenía a Jesucristo en sus brazos. El sólo da la paz, la cual, según él mismo dice, no puede dar el mundo.

Aprende a vencerte en todas las cosas, y el Señor te dará esta paz interior. Corta tus desordenados apetitos, quita de ti los vanos deseos, lanza fuera la codicia de este mundo, y vivirás pacífico y contento. Ninguno te podrá turbar, ninguna cosa te dará pena, gozarás de la suavidad del espíritu y tendrás paraíso encima de la tierra; ninguna cosa puede acontecer al justo, dice el Sabio, que le dé turbación. Tus propias pasiones son las que te hacen la guerra, y teniendo los enemigos dentro en casa, te quejas de los de fuera. "Gran señor es quien manda en sí mismo." Éste es el gran señorío de nuestra voluntad, que tiene mayor poder que los reyes y emperadores del mundo, los cuales no pueden hacer amigos de sus enemigos, como los hace nuestra voluntad; ella, queriendo, puede tener por amigos a los que primero eran sus enemigos.

La causa por que te dan pena las injurias, adversidades u otras cualesquier tribulaciones, es porque las aborreces. Como declaraste la guerra a las adversidades, las tienes por enemigos, y te molestan. En tu mano está cambiar de actitud y amarlas, y así, lo que ahora te da pena, te dará consolación. San Andrés holgaba con la cruz, y aquel glorioso padre San Francisco, a las enfermedades las llamaba sus hermanas. Ellos y los otros santos se deleitaron en las tribulaciones que dan enojo. Ellos amaban lo que tú aborreces. Ama, pues, lo que aquellos santos amaron, como está en tu mano, y alcanzarás la consolación que ellos tenían en sus trabajos.

Si padeciendo persecución recibes pena, no te quejes de quien te persigue, mas antes te debes quejar de ti mismo, pues teniendo libertad para amar la persecución, no la quieres. Moldea tu alma en Jesucristo, sé amigo de su cruz y pasión, entrégate del todo a Él, ama lo que Él amó, y verás cuánta dulzura y suavidad hallarás en las cosas que ahora tienes

por desabridas. Entra dentro de ti mismo y trata a cuchillo todas tus pasiones y deseos de mundo, y nunca tendrás queja de nadie. Y si algún agravio tienes, vuelve contra ti y véngate de esos tus enemigos de dentro, que son los que te desconsuelan, y no te quejes de los de fuera, pues ningún perjuicio te pueden hacer si tú no quieres. “Como la polilla nacida en el paño destruye el mismo paño, y el gusano roe el madero donde se crió así esos agravios que tanto roen tu corazón nacen de la propia concupiscencia; en ti se criaron, y te cortan la vida, y como víboras rompen las entrañas de la madre donde fueron engendrados.

¡Oh, cuán pacífico vivirías si fueses verdaderamente mortificado y dejases estas cosas de fuera! “En tanto que andes distraído por las cosas de este siglo, no tendrás reposo en tu corazón.” Sólo andará tu vida concertada cuando morares contigo mismo. “El que está en todo lugar, no está en parte alguna.

Los peregrinos tienen muchas posadas, y ningunas amistades.” Si te quitares de las ocupaciones exteriores, gozarás de la buena paz. ¿Qué aprovecharán todos los negocios temporales cuando viniere Dios a examinar tu conciencia? “¿Quieres estar quietado por dentro? No te derrames por fuera...”

El Espíritu Santo no mora sino en el corazón pacífico, según aquello que está escrito en el salmo: En la paz tiene su lugar. Acusa al pecador el gusano de su mala conciencia; pero el que tiene conciencia segura gozará de la paz verdadera del corazón. Vuelve a las cosas interiores, y entra en el secreto de tu corazón, porque si en lo interior no hay paz, no te irá bien por más que la busques en las criaturas’. Si tuvieres paz contigo, no te hará daño la malicia ajena. Verdadera es la sentencia que dice, que “ninguno es ofendido sino por sí mismo”. “El mayor enemigo que tienes eres tú mismo.” “El sabio no recibe injuria” aunque otro se la quiera hacer. “Todo tu bien consiste en la virtud del ánimo”, a la cual no hace daño quien quita la libertad, honras o riquezas. Las persecuciones, no sólo no dañan, mas antes dan materia de merecimiento.

Pues la gloria del cristiano es la cruz de Jesucristo, abrázate con la cruz del Señor, y ninguno te podrá turbar ni dar pena, antes alcanzarás de El verdadero reposo del espíritu, y vivirás pacífico y contento.

*Fray Diego de Estella OFM:
La vanidad del mundo, 1 parte. c. 2.*

2. Para gozar de Dios hay que despreciar las vanidades

*"Ninguno puede servir a dos señores,
dice Cristo nuestro Redentor (Mt 6,24).*

Suave es la divina consolación, y ésta no es para todos, sino para los que desprecian las vanidades del mundo.

No es posible gustar de Dios y amar desordenadamente cosas de esta vida. Todos quieren gozar de la suave conversación del Señor; pero muy pocos son los que quieren perder sus intereses y menospreciar de corazón los bienes terrenales. Desean recibir la interior consolación del alma, y juntamente satisfacer a sus apetitos. Si quieres seguir a Cristo, conviene negarte a ti mismo. Despídete del inundo para gozar de Dios.

De los samaritanos, que eran una gente perdida, dice la Escritura que temían a Dios, y juntamente con esto tenían ídolos que adoraban. No puedes temer a Dios con amor filial y verdadero, y adorar el vicio que amas. Por amor de esto mandó Jacob a los suyos quitar los ídolos para orar y sacrificar a Dios.

Contrarios son Jesucristo y el demonio; ninguna cosa tienen común, ni pueden morar juntos. Quitá primero el amor del mundo, si quieres que venga Dios a tu alma. No podrás gustar de Dios hasta que los bienes de este mundo y sus deleites los tengas por amargos y desabridos.

Cuando las cosas de este siglo tuvieres por amargas, entonces estará tu ánima dispuesta para recibir la interior consolación de Jesucristo.

“Como es imposible mirar con un ojo al cielo y con el otro tierra, así no cabe en razón, ni se compadece, que teniendo afección a los bienes terrenales quieras gozar de espirituales consolaciones.” Si quieres gozar de Dios, forzoso es que seas privado de todo género de mundana y sensual consolación.

Si quieres gozar del sol, vuelve las espaldas a la sombra. Vuelve las espaldas al mundo, despreciando estas sombras y vanidades tuyas, y gozarás del Sol de justicia, Jesucristo.

Nadie goza de la consolación espiritual sino el que vuelve las espaldas a la terrena. “Vil es la consolación humana, pues impide a la divina.” No busques a Dios entre los vergeles y florestas de los deleites y pasatiempos del mundo. Moisés lo halló entre las espinas de la penitencia y aspereza de la vida.

Como los mundanos lo buscan en los regalos, nunca merecen hallarlo. Aborrece de corazón toda mundana delectación, y serás recreado de parte de Dios. Desarraiga de tu alma el amor del mundo, para que dé lugar a que el divino amor haga presa en ella....

Si a Dios quieres amar, has de desamar la gloria de este siglo. Nunca apareció Dios a Moisés estando en Egipto, ni tú esperes gozar de él viviendo entre las tinieblas del mundo. Renuncia al palacio de Faraón, menosprecia las honras y vanidades en que vives, y en el desierto de la vida solitaria hallarás, como otro Moisés, el amparo de Dios y el espiritual consolación.

En tanto que se hallare en ti la harina de Egipto, no gustarás del maná del cielo. Acábase primero en ti todo amor mundano, y gozarás del amor divino. Si tienes el estómago lleno de malos humores, no recibirás el delicado y sustancial manjar del cielo. Menosprecia de corazón todas las cosas que deleitan debajo del cielo, y podrás levantar tu ánimo sobre el cielo, y recibir parte de los gozos del cielo...

Si quieres que Dios derrame en tu corazón su divina gracia, conviene que se le ofrezcas vacío de amor mundano. Aparejada está la divina largueza para comunicarte sus dones, y los da a quien le ofrece el corazón desocupado de todo lo que es mundo y sabe a mundo. Y si cesa esta celestial consolación, es porque cesas tú de darle vaso vacío en que ese divino licor se derrame.

Créeme, que si Dios no te da las gracias que dio a sus grandes amigos, esto no sucede porque ahora ya no es tan magnífico como antes, sino porque no dispones tu voluntad como los santos la disponían y daban a Dios. Entrégate todo a Él.. y verás lo mucho que del Señor recibes. Pocos son los que perfectamente renuncian al mundo y a sí mismos. Muchos quieren tener dos respetos, y entregándose a Dios, reservan los cumplimientos que tienen con el mundo.

“No te sea grave apartarte de amigos y parientes.. Dios no revela al alma sus íntimos secretos delante de testigos, ni quiere conversar con el bullicioso que se ocupa en muchos. Ninguno es amado del mundo, sino el que es desechado de Cristo; y ninguno es querido de Cristo, sino aquél que al mundo desprecia

“No puedes amar perfectamente a Dios si no te desprecias a ti mismo y al mundo por Dios.” En esto verás si amas a Dios, echando la cuenta con el amor que tienes al mundo. Cuanto a Dios más amares, tanto estimarás en menos las cosas de la tierra. No quiere el Señor nuestro corazón partido, ni dividido, sino entero. Por no perder un bien tan verdadero, ten en poco estos falsos bienes, y alcanzarás la perfecta consolación del espíritu”

*Diego de Estella:
La vanidad del mundo, c 1*

3. De la verdadera amistad

*Muy honrados son vuestros amigos,
dice el salmista hablando con Dios.*

Pues son vanas las amistades del mundo, y engañosas y falsas las palabras de los pecadores, debes tener amistad con sólo Dios, y con los que le aman y temen.

La amistad de Dios es fiel y verdadera, pues tan famosos hace a sus amigos en la tierra, y tan gloriosos después en el cielo.

El mundo anda a “viva quien vence”; y a los que muestra tener amor en la prosperidad, desecha en la tribulación.

“Cuando es amado uno en la prosperidad, incierto es si se ama la prosperidad o la persona; pero la pérdida de la prosperidad da testimonio de quién es amigo. El que en la adversidad desprecia a su prójimo, manifiesto es que no le amaba en la prosperidad.” El tiempo descubre la verdad y declara quién sea amigo o enemigo.

Dios es buen amigo, pues en todo tiempo ama. No se olvidó de José en la cárcel, ni de Susana en su angustia, ni de David en sus persecuciones. A ninguno de sus amigos olvidó en sus trabajos y necesidades; y así les guarda la amistad, que aun después de muertos, cuando los hombres ya no tienen amigos, es Dios muy buen amigo de los suyos. Queriendo castigar a Salomón por sus grandes pecados y quitarle el reino, templó su justicia por ser hijo de su amigo David, dejándole dos tribus por conservar la memoria de David y su casa y nombre.

De tal manera tiene el Señor cuenta con sus amigos y con la honra, de ellos, que tiene por bueno que padezca su honra porque la honra de sus amigos no padezca detrimento. Por esta razón quiso que la Virgen, su Madre, fuese desposada, porque si pariera sin ser casada, no fuera tenida por buena mujer. Fue tenido el Salvador del mundo por hijo de José, siendo hijo de Dios verdadero, porque era su Santísima Madre casada con José; lo cual quiso el Señor sufrir antes que su Madre fuese infamada. “Más quiso que se dudase de su divino nacimiento eterno, que de la pureza y limpieza de la Virgen.” Tan a costa suya quiso conservar segura la honestidad de la madre. En esto verás cuán buen amigo es Dios, y el mucho cuidado que tiene de la honra de los suyos.

San Juan Bautista envió discípulos a Cristo a preguntarle quién era, y esto lo hizo por la salud espiritual de sus discípulos; y porque el pueblo pudiera tener al santo precursor por liviano, pues preguntaba quién era, habiendo dado de él testimonio. El Señor, como buen amigo, volvió por la honra de San Juan, alabándole al pueblo de constante...

Mira cuan seguras tienen las espaldas los amigos de Dios, y cómo los ampara, y castiga a los que los maltratan. No es la amistad de Dios como la del mundo, de la cual dice el santo Job: Mis amigos me engañaron, así como el arroyo que impetuosamente corre a los valles.

“Muchos arroyos hay que en el invierno van llenos de agua, cuando no hay necesidad de agua, y se secan en el verano, cuando es menester el agua. En ellos no hallan agua los caminantes sedientos, y son engañados y burlados. Así el falso y fingido amigo, según sentencia de Job, cuando no es menester, en el tiempo de la prosperidad, promete mucho, pero en la adversidad, cuando todo falta y está seco y tienes necesidad de él, si fueres a él en tu angustia, hallarás haber sido engañado.”

Dichosos los Apóstoles, pues merecieron oír de boca del Salvador: “A vosotros dije amigos.” Esta buena dicha y bienaventurada amistad de Dios podrás alcanzar tú haciendo lo que debes. Esta amistad es firme y perpetua y la que dura para siempre, porque la amistad de los malos no puede durar mucho tiempo.

Como la flor solar de la hierba llamada efímera cada día nace y se seca, y quemándola el sol es totalmente consumida, así es vana la amistad del mundo, y se seca luego con cualquier molestia y se acaba del todo. Por lo cual dijo David en el salmo: Apartaste de la miseria a mi amigo, y a mi prójimo, y a mis conocidos. No lo hizo así el santo patriarca Abraham con su amigo Lot, pues cuando supo que estaba preso, le socorrió en su angustia.

Toda tu amistad sea con Dios, pues cuando pecas, Él te perdona; y te galardona cuando haces lo que debes. Este es buen amigo, el cual en todo tiempo amé, en las honras y deshonras, en la vida y en la muerte. Y como no tuviese más de la lengua para hacemos

servicio cuando estaba enclavado en la cruz, con ella nos ganó perdón del Padre orando con lágrimas, como dice San Pablo. Toda otra conversación es cosa de vanidad y amistad muy de burla, si en Dios no va fundada. Buena es la amistad de los pocos buenos y varones espirituales que con su santa conversación encienden en amor de Dios al corazón, y ayudan a levantar el espíritu al Señor.

‘Aquél es verdadero amigo tuyo que ama la salud de tu alma, y no el que te adula y habla blandamente. Aquél es amigo que se duele de tus males, y ruega a Dios por ti, y te amonesta con caridad. No hay fiel amigo sino en Dios, ni es verdadera amistad sino la que se funda en Dios. El amor de Dios hace fiel amigo, y sin él ninguna amistad puede durar mucho tiempo.’

“Todas las cosas has de tratar con los amigos; pero primero has de tratar de ellos.” No hay cosa que se compare con el amigo fiel, y el que le halla, halla un tesoro. Con él trata tus negocios, y no reveles tu secreto al extraño. “Lo que no quieres que se sepa, no lo digas al que no es probado amigo.” ¿Quieres que sea tu prójimo mejor contigo de lo que tú eres contigo mismo? ¿Quieres que te ame más de lo que tú te amas? Pues si tú no puedes guardar tu secreto, ¿cómo quieres que lo guarde aquél a quien lo descubres? “Cosa rara es y ardua guardar secreto. Tales secretos descubre, que no tengas después vergüenza aunque los veas manifiestos. El que no sabe callar, no conservará amigos. Grande don de Dios saber callar, y hablar cuando conviene.

Con los buenos y virtuosos ten tu amistad, porque la ley de Dios que trae el bueno delante de sus ojos, le hará guardar el secreto que en conciencia es obligado a no descubrir. Pero el que no guarda la ley, en poco tendrá ir contra ella. Escrito está: “El que consigo es malo, ¿con quién será bueno?” El que no tiene ley consigo, ¿cómo la tendrá contigo? El que dice sus propias cosas, ¿cómo callará las ajenas? Sólo el bueno será el verdadero amigo, y mirará por tus cosas, pues el que ama a Dios no puede dejar de amar al prójimo y tratar cristianamente las cosas del amigo.

Esta es la verdadera amistad a la cual solamente te debes arrimar, huyendo de toda otra amistad mundana, pues no sirve sino de llevar los hombres al infierno.

*Fray Diego de Estella,
O.c. cap.16*

4. Cómo hemos de saber perdonar las injurias

*Perdonad y seréis perdonados, dice el Señor.
Si perdonareis a los hombres los pecados que contra vosotros hicieron, vuestro Padre celestial os perdonará también los pecados que contra él cometisteis (Mt 6, 14-15).*

Así nos enseñó el Redentor, que cuando oramos digamos a Dios: “Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.” Esto mismo, más claramente está escrito en el Evangelio de San Marcos, donde se escribe que dijo el Salvador: “Cuando estuviereis en la oración perdonad si tenéis algo contra alguno,

porque vuestro Padre celestial, os perdone vuestros pecados porque si no perdonareis, ni vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará tampoco.”

Muchos quieren una ley para sí, y otra para los otros. Quieren que las injurias que recibieron sean rigurosamente castigadas, y que Dios disimule con los muchos pecados que ellos hacen cada día. Contra éstos dice el Eclesiástico: “Guarda el hombre su ira contra el hombre, y quiere de Dios medicina.” No tiene misericordia con el hombre, que es semejante a él y ruega por sus pecados. Mira cómo en tu mano puso Dios su misericordia, porque si quieres que use Dios de misericordia contigo, es menester que uses de misericordia con tu prójimo, y entonces Dios no te negará su misericordia cuando tú fueres misericordioso con quien te ofendió. Esto aconseja el Eclesiástico, diciendo: “Perdona al prójimo que te injurió, y entonces te perdonará Dios tus pecados.”

Cuando el que te ofendió te pide perdón, mira que te dice que te perdones a ti mismo. Cuando viene a demandarte perdón, él está perdonado; porque por el arrepentimiento que tuvo de la injuria que te hizo, fue hecho amigo de Dios, y después de estar con Dios reconciliado, ya no se trata de la salud del que te ofendió, sino de la tuya, que eres el injuriado. Por lo cual el que te dice humildemente que le perdones, sepas que no te dice otra cosa sino que te perdones a ti mismo.

Si perdonares, harás tu provecho; y si no perdonares, ningún daño haces al que te injurió porque no manda la ley al que te ofendió que tú le perdones, sino que te pida perdón. Con sólo pedirte perdón satisface, y no es obligado a más; y que perdones o no perdones es cosa impertinente para el que te ofendió, y le va muy poco en ello. A quien importa es a ti mismo, y a ti te va la vida espiritual y salvación de tu alma en perdonarle, pues si no le perdonas de todo tu corazón, es imposible salvarte. El que te injurió y te pide perdón, se puede salvar sin que tú le perdones, y tú no te puedes salvar sin perdonarle. Y pues el pedirte perdón es medicina ordenada para tu provecho, no seas cruel contigo mismo en no querer recibirla...

Mira, hombre vano y ciego, que te perdones a ti mismo y hayas misericordia de ti, perdonando la injuria que recibiste. Haz bien a ti mismo. A aquel siervo a quien el señor perdonó grande deuda, actuó después rigurosamente porque no quiso perdonar la pequeña deuda que su prójimo le debía. Mira cómo Dios, tras haber sido tan magnífico y misericordioso con el que le debía grandísima deuda, se comportó después duramente con él, porque así entiendas cuánto más castiga el clementísimo Señor las ofensas que hacemos al prójimo, que las propias tuyas.

Castigó Dios con pena eterna al siervo que no quiso perdonar, y luego dijo: “Esto mismo hará mi Padre celestial a vosotros, si no perdonareis.” No dijo vuestro Padre, sino mi Padre, porque no son hijos de Dios, sino del demonio, los que no perdonan. Aunque fue reprendido aquel siervo porque no había perdonado a su prójimo, no pidió perdón como había hecho al principio; porque por la crueldad que usó con su prójimo se había hecho indigno de misericordia.

El puente por donde hemos de pasar a Dios para que nos perdone es la misericordia que usaremos con nuestros prójimos; y el que a su prójimo no perdona, quiebra el puente por donde ha de pasar a Dios para alcanzar perdón; y como éste había quebrado este puente no usando de misericordia con su prójimo, no tuvo por donde pasar, y así cayó en manos de la justicia de Dios por haberse hecho indigno de su misericordia, no

perdonando a su hermano. Por amor de esto dice el apóstol Santiago: ‘Juicio se hará sin misericordia al que no hiciere misericordia.’ Podrá llegar a Dios a pedir misericordia el que usare de misericordia; y el que ésta no tuviere, se quedará de esta otra parte del río.

El que no perdona al que lo injurió, cuando dice la oración del *Pater noster* que le perdone así como él perdona, no hace oración, echa más bien maldición sobre sí, y dice que nunca Dios le perdone, pues él no perdona. “El camino muy cierto para alcanzar perdón de los pecados es perdonar las injurias a tus prójimos. Aquella mujer viuda que usó de misericordia con el pobre Elías, hizo Dios con ella tanta misericordia, que nunca faltó en su casa el aceite ni la harina, hasta que llovió sobre la tierra. Hallé la misericordia de Dios porque la tuvo con el prójimo. Así debes ser piadoso con quien te ofendió, perdonando al prójimo y usando de misericordia con él, aunque te haya ofendido.”

Si los que están enfermos en el cuerpo no son dignos de odio, sino de misericordia, mucho menos deben ser aborrecidos los que están llagados en sus almas. Por lo cual, no sólo al que pide perdón eres obligado a perdonar, pero también has de amar y perdonar al que te hace mal y huelga de perseguirte. Los niños, si les hacen algún enojo, echan lo que tienen en las manos, y aun lo que han de comer. Así muchos, como niños, en siendo injuriados echan de sí la paciencia, el juicio, y caridad, y razón, y la preciosa vestidura de la inocencia con que han de salir vestidos y ataviados el día del juicio. Grande es la locura de éstos, pues la ira, que no tiene sino amargura, prefieren al de los cielos. Hacen tesoro del odio, y no quieren trocarle por el reino de los cielos.

“Si fueres magnánimo, no dirás que recibiste injurias, sino que tu enemigo tuvo ánimo de injuriarte.” “Ninguno te puede hacer injuria si tú no quieres recibirla por injuria; y cuando el que te ofendió estuviere en tu poder, el poderte vengar debes tomarlo por venganza. El más noble y el más honesto género de venganza es perdonar pudiendo vengarte.” El perdonar injurias no es de corazones cobardes ni apocados, sino de ánimos varoniles y generosos...

*Fray Diego de Estella:
O.c, cap.34*

5. De la verdadera nobleza humana

*A todos los que me honraren glorificaré yo,
y los que me desprecian no serán nobles, dice Dios.*

“La verdadera nobleza es la virtud”, la cual no desprecia a Dios, mas antes le ama sobre todas las cosas.

De esta nobleza del ánimo debes hacer caudal, y no de otra corporal, siendo tú oscuro en tus costumbres.

Por loco seria tenido quien se preciase de noble siendo hijo de un esclavo, aunque su madre fuere libre y noble.

Pues si tu ánima, que es la mejor parte que tienes, es esclava y cautiva del pecado, ¿de qué te precias aunque el cuerpo, que es la parte más flaca y menos principal, sea noble?

Cuando el ánimo no es adornado de buenas y loables costumbres, muy poco hace al caso toda esta nobleza de sangre.

Sin la nobleza del ánima, cosa peligrosa es esta nobleza del cuerpo, “porque suele engendrar soberbia” e ignorancia del conocimiento que debe tener el hombre de sí mismo y de otros muchos males.

Según sentencia de sabios, las señales de la verdadera nobleza son la liberalidad, el agradecimiento a los beneficios recibidos, la clemencia en perdonar, la valentía y grandeza de ánimo. De corazones nobles es sufrir con esfuerzo cualesquier tribulaciones, y ocupar sus pensamientos en cosas grandes y no en las bajezas de este siglo. “Aquella es verdadera nobleza que adorna el ánimo con buenas costumbres.” No la claridad del linaje, sino la nobleza de las virtudes, hacen al hombre acepto y agradable a Dios.

La nobleza corporal no es tuya, sino de los tuyos. “La nobleza verdadera, que es la virtud, es propia tuya, la cual ninguno te la podrá dar ni quitar si tú no quieres.” ¿Qué mereces tú por lo que los otros ganaron? ¿Qué razón hay para alabarte por lo que heredaste de tus padres? La nobleza del linaje viene de la generación; pero la nobleza de la virtud procede de la obra propia cuanto a las virtudes adquiridas, y es don de Dios cuanto a las infusas. Esta nobleza es tuya propia.

De la raíz amarga sale el fruto sabroso y dulce; y de baja generación puedes ser ilustre y noble, si fueres virtuoso y amigo de Dios. “Aquél es noble que no sirve a ninguna torpeza.” La grandeza del noble corazón desprecia las cosas pequeñas, y emprende arduos negocios. Aquella es verdadera nobleza, que hace a los hombres hijos de Dios y herederos del reino del cielo. “Aquél guarda entera su nobleza, que no sirve a los vicios ni es de ellos mandado.” Siervo eres de aquél de quien eres enseñado. “¿Por ventura no es siervo de la maldad el que es enseñado de ella?” Aquél no es vil, que no hace vilezas.

No te debes jactar de que eres noble; pero debes mucho correrte y tener vergüenza, que viniendo de buenos y nobles, no seas heredero de sus virtudes. “Como las nubes gruesas obscurecen el sol y la luna y estrellas para que no parezcan ni nos den su luz, así los vicios de los que descienden de nobles obscurecen los buenos hechos y lustre de los antepasados.”

La religión cristiana no mira la nobleza del cuerpo, sino la virtud del ánima. Sirviendo al vicio no eres noble, sino vil, pues eres siervo del vicio. “La verdadera libertad y nobleza delante de Dios es no servir al pecado, y la suma nobleza es ser claro en virtudes. Para sólo esto te debes acordar que eres noble, para que con la sangre ilustre brillen las virtudes. La nobleza mundana no la halló la equidad de la naturaleza, sino la ambición de la codicia.” La ingratitud y mezquindad son vicios de villanos. De Dios, que es nobilísimo, dice el Evangelio, que nace el sol para los buenos y malos, y llueve para los justos e injustos. A todos da, y a todos comunica su bondad y nobleza. “La clemencia es propia virtud de nobles, y que conviene a los reyes.” “El rey entre las abejas no tiene aguijón.”

“Como la mansedumbre en los rendidos es señal de nobleza, así la soberbia entre los sujetos es argumento de villanía.” De Dios, que es la misma nobleza, está escrito que humilla a los soberbios y poderosos, y ensalza y favorece a los abatidos y pequeños. Propio es de villanos la venganza, y “de nobles perdonar las injurias” y favorecer a los que poco pueden.

Como es de corazones generosos hacer poco caso de las cosas pequeñas, así es propio de los que son verdaderamente nobles despreciar estas poquedades y miserias del mundo. Como sería grande poquedad si un hijo de un rey se pusiese a guardar los puercos, o anduviese por las calles jugando con el lodo, así es grande vileza que siendo hijo del Rey del cielo ames el estiércol del mundo y abominaciones de la carne, guardando los puercos de tus sentidos, y apacentándolos con suciedades siendo criado para gozar de aquellas celestiales riquezas.

Mira que eres hijo de Dios, y que en la oración lo llamas Padre cuando dices: “Padre nuestro, que estás en los cielos.” En tener a Dios por Padre se nos da a entender que seamos nobles en nuestras costumbres y nos estimemos en mucho, y no nos abajemos a cosas viles. Esta es la verdadera nobleza, y sola ésta tiene valor delante de Dios. Preciábanse los judíos de tener por padre al santo Patriarca Abraham, siendo en sus obras contrarios de sus costumbres; por lo cual el Señor los desengañó diciendo: “Si sois de Abraham, haced sus obras.” En esta sentencia del Salvador claramente se muestra que la nobleza consiste en la virtud y ejercicios de ella, y que es vanidad preciarse el hombre de la nobleza de sus antepasados siendo diferente en las costumbres.

¡Qué cosa más noble puede ser al hombre cristiano que ser hijo de Dios! Todo lo demás es nada en comparación de esta nobleza. Y cuán poco valga esta nobleza sin la buena vida, el salmista lo declara diciendo: “Yo dije: Vosotros sois dioses e hijos del Muy alto”... Procura ennoblecerte con virtudes, porque ésta es la nobleza que te hace hijo de Dios y heredero de su reino celestial. De esta nobleza, que es la verdadera, debes hacer mucho caso, despreciando toda otra nobleza como cosa mundana, yana y loca, que con el tiempo muy brevemente pasa.

Fray Diego de Estella:
O. c, cap. 50